

## CAPÍTULO XV

### En donde Simón Backer pide un favor

En uno de los calabozos del Castillo Nuevo, cuya enrejada ventana daba al mar, dos hombres, uno de cincuenta y cinco á sesenta años, el otro de veinticinco á treinta, reclinados en sus lechos, escuchaban con viva atención los cantos lentos y monótonos de los pescadores napolitanos, mientras el centinela, colocado cerca de la muralla y cuya consigna era impedir que huyeran los presos, pero no que no cantasen los pescadores, paseaba indiferente sobre la estrecha faja de tierra que impide á las torres aragonesas alzarse verticales sobre el mar.

Á la verdad, por melómanos que fuesen aquellos dos hombres, no era la armonía del canto lo que podía fijar su atención de aquel modo. De todo tiene menos de poético y sobre todo de armonioso el ritmo en que el pueblo napolitano modula sus interminables improvisaciones.

En las palabras debía estar concentrado el interés que el canto inspiraba á los presos, puesto que al oír la primera copla el más joven de ellos se puso en pie sobre la cama y se empinó cuanto pudo para ver al cantor á la luz de la luna por entre los hierros de la reja.

— He reconocido su voz, dijo á su compañero; es Spronio, nuestro primer mozo del banco.

— Escucha lo que dice, Andrés, respondió el otro con acento alemán; tú comprendes mejor que yo el dialecto napolitano.

— ¡Silencio! padre, le respondió el joven; el falso pescador se ha detenido ante nuestra ventana, so pretexto de tender sus redes; sin duda tiene buenas noticias que darnos.

Y, en efecto, Spronio entonó la siguiente copla:

» Ya descendió á la tierra el ángel de libertad y ha roto la lanza de su rival como si fuera de cristal. El que viva verá. »

— Se refiere al cardenal Ruffo, dijo el joven, á quien ya había llegado el rumor de la expedición del cardenal, pero que ignoraba completamente el resultado.

— Escucha, Andrés, escucha, dijo otra vez el padre.

El cantor continuó:

« Nada resiste á su poder. Después de Cotrona á Altamura á pesar de su resistencia. Vencedor del demonio, se adelanta, y el que viva verá. »

— Ya lo oís, padre mío, el cardenal ha tomado á Cotrona y después á Altamura.

El cantor continuó:

« Para castigar á la ciudad rebelde, ayer salió de Nocera y esta noche, según dicen, llega la noticia de que duerme en Nola la Bella, y el que viva verá. »

¿ No oís, padre? dijo alegremente el joven, se halla en Nola.

— Sí, ya lo oigo, dijo el anciano; pero acaso hay más distancia de Nola á Nápoles, que de Palermo á Nola.

La siguiente copla parecía responder á la inquietud del anciano:

« Para realizar su empresa, mañana marchará sobre Nápoles, y por fuerza ó por sorpresa tomará á Nápoles en tres días, y el que viva verá. »

Apenas había oído el estribillo, cuando el joven soltando las barras de la ventana á que estaba suspendido, se dejó caer en la cama.

En el corredor se oían pasos que se dirigían á la puerta.

Padre é hijo sólo tuvieron tiempo para cambiar una mirada al pálido resplandor de la lámpara suspendida del techo.

Abrísese la puerta y los presos vieron en el corredor una docena de soldados y oyeron una voz imperativa que les dijo:

— Levantaos, vestíos y seguidnos.

— La mitad del trabajo está hecho, respondió alegremente el más joven de los presos, y podemos seguiros sin haceros esperar.

El anciano se levantó silencioso y ¡ cosa extraña! el que más había vivido parecía tener la vida en más.

— ¿ Adónde nos conducís? preguntó con voz alterada.

— Al tribunal, respondió el oficial.

— ¿ Al tribunal? dijo Andrés; si es así, temo que llegue demasiado tarde.

— ¿ Quién? preguntó el oficial que pensaba lo decía por él.

— Alguien á quien no conocéis y de quien hablamos cuando habéis llegado, respondió el joven con aire indiferente.

El tribunal á donde los conducían había reemplazado al que castigaba los crímenes de lesa majestad, aunque sólo para castigar los de lesa nación.

Presidíalo un célebre abogado llamado Vicenzo Lupo. Para ahorrarse la conducción de los presos á la vicaría y evitar asonadas se había instalado en el Castillo Nuevo, de modo que los presos se encontraron ante sus jueces con sólo subir dos escaleras. Dos banquillos los esperaban.

Dos abogados nombrados de oficio sentados á derecha é izquierda de los banquillos de los acusados, estaban dispuestos á defenderlos. Ambos eran considerados como los dos primeros jurisconsultos de Nápoles.

Llamábanse Mario Pagano y Francisco Conforti.

Los defendidos saludaron á los defensores con la mayor cortesía, reconociendo en ellos, si bien dos hombres de opinión política diferente, dos príncipes del foro.

— Ciudadanos Simón y Andrés Backer, les dijo el presidente, tenéis media hora para conferenciar con vuestros abogados.

Andrés saludó y dijo :

— Señores, recibid nuestras gracias por habernos dado á mi padre y á mí, no sólo medios de defensa sino por haber puesto ésta en tan hábiles manos. Sólo tengo que añadir que el modo como espero defenderme hará inútil la intervención de toda palabra extraña, lo que en nada disminuirá mi

reconocimiento á estos señores, por haber tenido la bondad de encargarse de causas tan desesperadas. Solamente que, como han venido á buscarnos en el momento en que no lo esperábamos ni mi padre ni yo, no hemos podido preparar ningún medio de defensa, por lo cual en lugar de media hora de conferencia os pido cinco minutos para ponerme de acuerdo con mi padre.

— Concedido, ciudadano Backer.

Los dos abogados se apartaron, los jueces se levantaron, volvieron la espalda y hablaron entre ellos, y el escribano y los ujieres se marcharon.

Los acusados cambiaron algunas palabras en voz baja, y antes de que concluyeran los cinco minutos, dijo Andrés :

— Señor presidente, estamos prontos.

El presidente sonó la campanilla y todos ocuparon sus puestos.

— Señores, dijo Simón Backer antes de sentarse, soy originario de Francfort, por lo cual hablo mal y difícilmente el italiano; callaréme, pues, pero mi hijo, que ha nacido en Nápoles, defenderá mi causa y la suya. Son idénticas y la sentencia debe serlo también. Reunidos por el crimen, si hay crimen en amar á su rey, no deben separarnos en el castigo. Habla, Andrés;

lo que digas estará bien dicho, y bien hecho lo que hagas.

El anciano se sentó.

Levantóse el joven, y con extremada sencillez dijo :

— Mi padre y yo somos banqueros de S. M. Fernando I. Enseñado desde la infancia por mi padre á honrar al rey y á venerar la monarquía, lo mismo mi padre que yo, desde que vimos ésta abolida y aquél fugitivo, no hemos tenido más deseo que restablecer la monarquía y el rey, para lo cual hemos conspirado contra la república. Sabíamos que arriesgábamos nuestras cabezas, pero hemos creído que no cumplíamos más que con nuestro deber. Nos han denunciado, nos han preso y nos han traído aquí para ser juzgados por vosotros. Todo interrogatorio por tanto es inútil, he dicho la verdad.

Mientras el joven hablaba en medio de la estupefacción de los asistentes, su padre lo miraba con orgullo y afirmaba con la cabeza cuanto decía.

— ¡Desgraciado! le dijo Mario Pagano, estáis imposibilitando toda defensa.

— Aunque fuese gran honra para mí ser por vos defendido, no creo la defensa necesaria. Si la república tiene necesidad de ejemplos de adhesión,

la monarquía los necesita de fidelidad. Los dos grandes principios del derecho popular y divino entran en lucha y acaso durará ésta siglos enteros. Preciso es, pues, que ambos tengan sus héroes y sus mártires.

— Es imposible, sin embargo, ciudadano Andrés Backer, insistió Mario, que no tengáis nada que decir en vuestra defensa.

— Nada, señor, soy culpable en toda la extensión de la palabra, y no tengo otra excusa que presentar en mi favor sino que el rey fué siempre bueno para mi padre, y mi padre y yo le seremos adictos hasta la muerte.

— Hasta la muerte, repitió el viejo Backer aprobando á su hijo con la palabra como con el ademán.

— De manera, ciudadano Andrés, dijo el presidente, que comparecéis ante nosotros, no sólo con la seguridad, sino con el deseo de ser condenado.

— Comparezco ante vos, señor presidente, con la seguridad del hombre que sabe que al entrar aquí subirá el primer escalón del cadalso.

— ¡Es decir, con la convicción de que según nuestra conciencia no podemos menos de condenaros?

— Si nuestra conspiración hubiera triunfado, estabais condenados de antemano.

— ¿Queríais degollar á los patriotas?

— Al menos á ciento cincuenta.

— ¿Pero vosotros no debíais estar solos para cometer tan horrible crimen?

— Cuantos corazones realistas hay en Nápoles, y hay más de los que pensáis, estaban de acuerdo con nosotros.

— Creo inútil preguntaros los nombres de esos fieles servidores á la monarquía.

— Encontrasteis traidores que nos denunciaron, encontradlos para que denuncien á los otros. Por lo que á nosotros toca, está hecho ya el sacrificio de nuestras vidas.

— Sí, está hecho, añadió el anciano.

— En este caso, replicó el presidente, sólo nos queda que juzgaros.

— Perdón, dijo Mario Pagano, todavía os falta oirme.

Andrés se volvió admirado hacia el ilustre jurisconsulto.

— ¿Y cómo defenderéis á quien no quiere ser defendido y que reclama como salario la pena que merece? preguntó el presidente.

No desfiendo al culpable, respondió Mario, combato la pena.

Y con maravillosa elocuencia estableció la dife-

rencia que debe existir entre las leyes de un rey absoluto y las de un pueblo libre. Presentó como últimas razones de los tiranos, el cañón y el cadalso, y como objeto supremo de los pueblos, la clemencia y la persuasión; mostró los esclavos en eterna hostilidad contra sus amos, y los esclavos del razonamiento convirtiéndose de enemigos en apóstoles. Invocó sucesivamente á Filangieri y Becaría consagrandó su genio á combatir la pena de muerte como inútil y bárbara. Recordó á Robespierre alimentado con la lectura de estos dos juriconsultos, discípulo del filósofo de Ginebra, pidiendo á la Asamblea legislativa la abolición de la pena de muerte. Apeló al corazón de los jueces preguntándoles si hubiera sido menos grande la Revolución francesa siendo menos sangrienta, y si no hubiera quedado de Robespierre memoria mucho más brillante, si su moción se hubiera aceptado, como destructor que como aplicador de la pena de muerte.

Presentóles los cuatro meses de existencia de la república partenópea puros de sangre vertida, y la reacción que marchaba contra ella, sembrando de cadáveres su camino. ¿Valía la pena de esperar á la última hora de la libertad para deshonar su altar con un sacrificio humano?

En resumen, cuanto una poderosa y erudita palabra puede encontrar en la inspiración de un corazón generoso, y en los ejemplos de la historia, lo agotó Pagano en su discurso, concluyendo por ofrecer sus brazos á Andrés, pidiendo que le diera el beso de paz.

Andrés estrechó al abogado contra su corazón.

— Señor, le dijo, mal me habríais comprendido, si creyeráis que mi padre y yo hemos conspirado por un principio. Creemos que sólo la monarquía puede labrar la felicidad de los pueblos, vos creéis que se la dará la república; acaso un día mirarán nuestras almas desde lo alto juzgarse este gran proceso, y espero que para entonces habremos olvidado, yo que sois cristiano y vos que soy judío; republicano vos, y realista yo.

Y volviéndose á su padre, ofrecióle el brazo y díjole :

— Vamos, padre mío, dejemos deliberar á estos señores.

Y salieron sin dar á Conforti ocasión de añadir nada al discurso de su colega Mario.

La deliberación no podía ser larga.

Cinco minutos después llamaron á los presos para anunciarles que estaban condenados á muerte.

Una ligera palidez cubrió el rostro del anciano

al oír las fatales palabras. Andrés sonrió y saludó á los jueces cortésmente.

— Puesto que no habéis querido defenderos, parece inútil, dijo el presidente, preguntaros si tenéis algo que añadir á vuestra defensa; pero como hombres, como ciudadanos y compatriotas, desesperados por tener que aplicaros tan terrible pena, os preguntaremos si no tenéis ningún deseo que manifestarnos, ninguna recomendación que hacedernos.

— Mi padre parece que tiene un favor que pedirnos, señores, y creo podéis hacérselo sin comprometeros.

— Hablad, ciudadano Backer, dijo el presidente.

— Señores, respondió el anciano, la casa Backer y compañía existe desde hace más de ciento cincuenta años, y pasó á establecerse por su libre voluntad de Francfort á Nápoles. Desde el 5 de Mayo de 1652 en que la fundó mi tatarabuelo, Federico Backer, nunca ha tenido ni una cuestión con sus correspondientes, ni un retardo en sus pagos. Dos meses hace que estamos presos y que la casa marcha sin nosotros. El favor que os pido es este : En caso en que debieran ejecutarnos mañana, mi hijo y yo pediríamos que nos dejaran vivir hasta pasado mañana, para que pudiéramos

hacer nuestro inventario y el balance de la casa.

Si nosotros mismos hacemos este trabajo, estoy seguro que á pesar de los malos días que acabamos de atravesar, y de los servicios que hemos hecho al rey y el dinero gastado en la causa, la casa Backer dejará más de cuatro millones, y como se cerrará por causa independiente de nuestra voluntad, no habrá en ello la menor deshonra. Además, ya comprenderéis, señor presidente, que en una casa como la nuestra, que realiza por más de cien millones de negocios al año, á pesar de la confianza concedida á ciertos empleados, hay secretos que sólo los amos conocen. Así, por ejemplo, puede suceder que tengamos más de cien mil escudos en depósito confiados á nuestra probidad, de los cuales los dueños no tienen recibo ni constan en nuestros libros. ¿Cuán expuesta no quedaría nuestra reputación si nos negarais este favor? Por esto espero, señor presidente, que nos concederéis la gracia de mandarnos bajo buena escolta á nuestra casa para hacer la liquidación, caso de no fusilarnos hasta pasado mañana.

Pronunció el anciano estas palabras con tanta grandeza y sencillez á la vez, que no sólo el presidente sino todos los jueces se conmovieron. Con-

forti le dió un apretón de manos con un entusiasmo que le hacía olvidar la diferencia de opiniones, y Mario no pensó en ocultar una lágrima que corría por sus mejillas.

Bastóle al presidente una mirada para consultar al tribunal, y mirando al anciano, le dijo:

— Se hará como decís, ciudadano Backer, y sentimos no poder hacer más por vos.

— Es inútil, respondió Simón, pues no os pedimos más.

Y saludando al tribunal como lo hubiera hecho á una sociedad de amigos, dió el brazo á su hijo y bajó á su calabozo rodeado de soldados.

Ya no se oía el canto del falso pescador.

Andrés Backer, apoyándose fuertemente con las manos en los hierros de la ventana, se empinó para mirar por ella.

El mar estaba, no sólo silencioso, sino desierto.

## CAPÍTULO XVI

### La liquidación

Sobre las siete de la mañana del día siguiente, entró el llavero en el calabozo de los condenados; aun dormía el joven; pero el anciano, con un lápiz en la mano y un papel en las rodillas, se entretenía en hacer cuentas.

El anciano miró á su hijo.

— Levántate, Andrés, le dijo; siempre fuiste perezoso: hijo mío, preciso será que te corrijas.

— Es verdad, dijo Andrés, abriendo los ojos; pero dudo que Dios me dé tiempo.

— Cuando eras niño, continuó el anciano con melancolía, tu madre te llamaba dos ó tres veces, y aunque despierto, no podías resolverte á abandonar el lecho. Muchas veces me veía yo obligado á subir para hacerte levantar.

— Os prometo, padre mío, dijo el joven, em-

pezando á vestirse, que si me despierto pasado mañana me levantaré en seguida.

Levantóse el anciano y dijo, exhalando un suspiro:

— ¡ Tu pobre madre hizo bien en morir !

Andrés se acercó á su padre y sin decirle palabra lo abrazó tiernamente.

El viejo Simón lo miró, y murmuró estas palabras:

— ¡ Tan joven !... ¡ en fin !...

Andrés llamó á la puerta del calabozo, y el llavero reapareció.

— ¡ Ya estáis listos ? dijo; venid, la escolta os espera.

Rodeados por una docena de soldados, llegaron en un momento á su casa.

Serían las ocho y la puerta estaba cerrada, porque los empleados no acostumbraban llegar hasta las nueve. El sargento llamó, y el ayuda de cámara del viejo Backer abrió la puerta, y al verlos dió un grito y por poco no se arroja en brazos de su amo. Era un viejo alemán que Backer trajo consigo desde Francfort.

— ¡ Ay ! mi querido señor, le dijo, ¿ sois vos ?  
¿ Mis pobres ojos que han llorado tanto vuestra ausencia tienen al fin la dicha de volveros á ver ?

— Sí, Fritz, yo soy; ¿ todo va bien en casa ? preguntó Simón.

— ¿Y por qué no iría bien, señor? Gracias á Dios cada uno conoce su deber.

— Entremos, padre, dijo Andrés; estos señores se impacientan y la gente se agrupa en torno nuestro.

— Entremos, repitió el viejo Backer.

Dejaron un centinela en la puerta, dos en la antesala y los demás en el comedor.

Andrés Backer se dirigió á la caja, que abrió con su doble llave, y Simón tomó asiento en su gabinete, que estuvo cerrado desde el día de su prisión. En las puertas de ambas habitaciones colocaron centinelas.

Á una seña del padre, el viejo Fritz abrió una ventana que ponía en comunicación la casa con el gabinete, de manera que sin moverse de sus puestos, el padre y el hijo pudieron verse y hablarse.

El padre y el hijo empezaron á abrir las cartas que les esperaban en sus bufetes respectivos.

Á las nueve llegó el cajero, que, como Fritz, era un alemán llamado Klagmann.

— ¿Dónde está el tenedor de libros? le preguntó Andrés.

El cajero sacó su reloj, y dijo:

— Son las nueve y cinco minutos, señor Andrés; apostaríá cualquier cosa á que Mr. Sperling cruza

en este momento la calle de San Bartolomé. V. S. sabe que siempre llega aquí de las nueve y cinco minutos á las nueve y siete.

Apenas había acabado de hablar el cajero cuando el tenedor de libros entró en la antesala, y Andrés le gritó:

— Sperling, Sperling, amigo mío, que no hay tiempo que perder.

Mr. Sperling entró, y Andrés le dijo:

— Id al gabinete de mi padre.

— Señor Sperling, dijo Simón al recién llegado, creo que no tengo necesidad de preguntaros si los libros están en regla.

— Sí están, señor.

— Entonces podréis decirme el estado de la casa.

— Un beneficio de un millón ciento sesenta mil ducados.

— ¿Oyes, Andrés? dijo el padre.

— Sí, padre, respondió Andrés, un millón ciento sesenta mil ducados. ¿Está esa suma de acuerdo con los valores que tenéis en caja, Klagmann?

— Sí, señor.

— Vamos á verlo, replicó Andrés.

Al instante, señor.

Y mientras Sperling, esperando el recuento de los valores de la caja, hablaba en voz baja con

Simón Backer, Klagmann abrió la triple cerradura del armario de hierro y entregó á Andrés una cartera.

— ¿Cuál es su contenido?

— Seiscientos mil ducados en letras sobre Viena, Londres y Francfort.

Andrés la examinó y encontró la cuenta exacta.

— Padre, dijo, tengo 635,400 ducados en letras.

Y volviéndose hacia Klagmann, añadió :

— ¿ Cuánto hay en caja?

— 425,605 ducados, señor Andrés.

— ¿Oís, padre? preguntó el joven.

— Perfectamente, Andrés. Por mi parte, yo tengo á la vista la balanza general que arroja un resultado de 1.455,602 ducados de obligaciones y 1.650,000 ducados de crédito, con otras cuentas á nuestro favor en diferentes bancos, lo que produce un haber de 2.715,087 ducados.

En aquel momento abrióse la puerta del gabinete, y Fritz, con su regularidad acostumbrada, anunció que estaba servido el almuerzo.

— ¿Tienes apetito, Andrés?

— No mucho; pero, como después de todo es menester comer, comamos.

Y seguidos de dos soldados se dirigieron al comedor.

Menos Spronio, todos los empleados habían entrado en casa de nueve á nueve y cuarto, y saludaron á sus amos en el corredor y en las puertas de sus despachos respectivos. La tristeza era en ellos general y algunos de los más ancianos volvieron la cabeza para ocultar sus lágrimas.

Los centinelas entraron tras los presos en el comedor, pero se quedaron en la puerta.

— Cuando hagamos nuestras cuentas, no olvidaremos á todos estos servidores, dijo Simón. Por fortuna somos bastante ricos para tener necesidad de hacer economías.

El almuerzo fué breve y silencioso : al concluir, según una antigua costumbre alemana, Andrés brindaba á la salud de su padre.

— Fritz, dijo al antiguo criado, baja á la bodega, y tráenos media botella de Tokay de 1782. Voy á brindar.

Simón miró á su hijo.

Fritz llegó con la media botella, y Andrés llenó su vaso y el de su padre. Después, llenó y ofreció otro vaso á Fritz y le dijo :

— Amigo, bebe á la salud de tu anciano amo y á que, á pesar de los hombres y de sus juicios, Dios le conceda, á expensas de los míos, muchos años de vida.

— ¿Qué haces, hijo mío? exclamó el anciano.

— Mi deber, dijo Andrés sonriendo. Dios se dignó escuchar la voz de Abraham pidiendo por Isaac, puede ser que oiga la de Isaac, pidiendo por Abraham.

Simón llevó con temblorosa mano el vaso á la boca y lo vació en dos ó tres sorbos. Andrés bebió el suyo de un solo trago.

Fritz probó muchas veces á beber el suyo inútilmente: el pobre viejo se ahogaba.

Llenó Andrés dos vasos con el resto de la botella y los ofreció á los dos soldados, diciéndoles:

— Bebed también como nosotros á la salud de la persona que más amáis.

Los soldados bebieron pronunciando cada uno un nombre.

— Vamos á trabajar, Andrés, dijo el anciano.

Y volviéndose á Fritz, añadió:

— Procúrate noticias de Spronio; temo que le haya sucedido alguna desgracia.

Los dos presos volvieron á sus oficinas y continuaron el trabajo.

— Nuestro crédito montaba á 2.711,087 ducados, dijo el anciano.

— Y nuestro débito, replicó Andrés, á 1.125,412.

— Está bien. Ahora inscribo 265,000 á la señora de San Felice.

El joven no pudo pronunciar este nombre sin que se le oprimiera el corazón.

Un suspiro del padre correspondió á la emoción del hijo.

— 27,000 ducados á S. M. Fernando I, que Dios guarde. Saldo de las letras del empréstito Nelsón.

— Inscrito, repitió Simón.

— 28,200 ducados sin nombre.

— Ya sé lo que es, respondió Simón. Cuando el príncipe de Tarsia fué perseguido por Vanni, me trajo esa suma: ha muerto de repente y no ha tenido tiempo de decirlo á su familia. Escribe dos líneas á su hijo y que Klagmann se las lleve hoy mismo.

Escribió Andrés y dijo á Klagmann dándole la carta:

— Llévala al príncipe, y dile que venga cuando quiera por el dinero.

— Esto es cuanto debemos, dijo Andrés á su padre: podéis sumar.

Resultó de la suma que la casa Backer debía 1.455,612 ducados.

Durante los dos meses de su prisión, sus dependientes habían hecho reembolsos por más de trece millones.

Simón mandó que hicieran letras á cargo de los deudores por una suma igual á la que debían á los acreedores. Una vez solos el padre y el hijo, éste dijo á aquél :

— Me parece que deberíamos hacer una circular anunciando la liquidación de la casa.

— Redáctala : yo iba á decírtelo.

Andrés escribió lo siguiente :

« Los jefes de la casa Simón y Andrés Backer de Nápoles tienen el honor de participar á las personas con quienes han estado en relaciones comerciales y particularmente á las que pudieran tener algún crédito á cargo de ellos, que á consecuencia de haber sido ambos condenados á muerte empezará la liquidación de su casa el 13 de Mayo, día de su ejecución.

» La liquidación durará un mes y se pagarán los créditos á su presentación. »

Andrés leyó la circular y preguntó á su padre si tenia algo que añadir.

— Sí, respondió el anciano, la firma.

Como Andrés llevaba la firma de la casa, firmó en seguida, y Simón mandó la circular á la imprenta inmediatamente.

— Padre mío, dijo Andrés, tenemos un activo de 1.260,405 ducados. ¿ Qué pensáis hacer de ellos ? Dadme vuestras órdenes.

— Pienso, amigo mío, dijo el anciano, que debemos ante todo pensar en los que nos han servido bien, lo mismo en los tiempos prósperos que en los adversos. ¿ Cómo te parece que deberíamos recompensarles ?

— Pagándoles sus sueldos mientras vivan.

— Me parece que podríamos hacer más. Tenemos diez y ocho servidores cuyos salarios suman diez mil ducados, lo que supone un capital de doscientos mil. Nos quedarían en tal caso 1.060,473 ducados. Me parece que después de liquidar, cada uno de nuestros servidores debería recibir, no la renta, sino el capital representado por su salario. ¿ Qué te parece ?

— ¡ Sois, padre mío, la encarnación de la caridad ! Se me ocurre no obstante que en tiempos de revolución nadie está seguro del día de mañana, y como tenemos bastante en caja, paguemos hoy mismo á nuestros legatarios lo que deberían tomar después de nuestra muerte.

— Sea ; prepara para Klagmann la orden de pagar hoy mismo los 200,000 ducados, y que el mes que aun trabajarán para nosotros cobren paga doble.

— Ya está firmada la orden, dijo Andrés.

— Ahora, amigo mío, como cada uno guarda en su corazón recuerdos, que por ser secretos no son menos religiosos, debemos cumplir con las obligaciones que nos imponen; y tú, que eres más joven que yo, debes conservarlos más vivos. De los ducados que nos restan tomaré 100,000, te dejo 200,000 y cada uno hará de ellos lo que mejor le parezca sin dar cuenta á nadie.

¿Quieres ahora que dejemos 100,000 ducados á cada uno de los tres establecimientos de caridad de Nápoles?

— Muy bien, padre mío. Ahora nos quedan 460,475 ducados.

— Que pertenecen á nuestro primo y heredero natural Moisés Backer de Francfort.

— Moisés es más rico que nosotros, padre mío, y se avergonzará de recibir tal herencia de su familia.

— ¿Qué te parece que hagamos de esta suma?

— No necesitáis consejos cuando se trata de filantropía y humanidad. Van á combatir, y en ambos partidos habrá muchas desgracias antes que la victoria se decida. ¿Odiáis á nuestros enemigos?

— No aborrezco á nadie, hijo mío.

— ¿Qué os parece la idea de dejar lo que nos

resta á las viudas y huérfanos que haga en ambos partidos la guerra civil?

El anciano se levantó llorando y abrazó á su hijo tiernamente.

— ¿Á quién encargarás de esta repartición?

— ¿Tenéis alguien que proponer?

— No. ¿Y tú?

— Yo cuento con una criatura santa, con la señora de San Felice.

— ¿Con nuestra denunciadora?

— Después de reflexionar días y noches para encontrar la palabra de este enigma terrible, he concluído por convencerme de la inocencia de Luisa.

— En hora buena, dijo el viejo Simón; si no es culpable, el encargo que le das es digno de ella; si lo es equivale á un perdón, y me uno á ti para dárselo.

Esta vez fué el hijo el que se arrojó en brazos de su padre, que lo estrechó en ellos con efusión.

Dos horas después, las disposiciones, que podríamos llamar testamentarias, del padre y del hijo estaban ejecutadas, y sus herederos las habían heredado en vida. Y los dos condenados volvieron á la prisión, de la que debían salir para el suplicio,

en medio de un concierto de alabanzas y bendiciones.

Spronio no pareció en casa de su amo el día de la liquidación porque fueron á prenderlo en la suya, pero se escapó por una ventana y fué sin duda á unirse en Nola con el cardenal.

## CAPÍTULO XVII

### La última advertencia

DURANTE la noche que siguió al día de la liquidación de la casa Backer, Salvato, que aun vivía en el palacio de Angri, escribió con mano firme la siguiente carta :

« AL HERMANO JOSÉ,

» EN EL CONVENTO DEL MONTE CASSINO.

» 12 de Junio.

» Mi muy amado padre :

» Ha llegado el día de la suprema lucha. He obtenido permiso del general Macdonald para permanecer en Nápoles porque me ha parecido que mi primer deber como napolitano era defender mi país. Haré cuanto pueda por salvarlo, y si no lo logro, moriré por él. Si muero, dos nombres